

RECENSIONES

WALTER KASPER

Martin Lutero. Una prospettiva ecuménica

MARÍA DEL SACROMONTE, SSVM

He dejado mi corazón en lo alto

ANDREA TORNIELLI

*El nombre de Dios es misericordia, Francisco, una conversación con
Andrea Tornielli*

JOSEPH RATZINGER

El espíritu de la liturgia-Una introducción

WALTER KASPER

Martin Lutero.

Una prospettiva ecuménica

Queriniana, 2016, 75 pp.

El breve opúsculo del cardenal Kasper, al que se le ha dado más trascendencia de la que amerita, me parece que responde más al «oportunismo comercial» de los editores, que a verdaderos intereses intelectuales. Es de hecho, una conferencia que el Autor pronunció a mediados de enero de este año (2016), dentro de un ciclo de lecciones de título teatral: «Concurrencia de sistema y coevolución -El mundo cristiano después de la Reforma protestante», organizado por la Fundación Guardini en la Humboldt Universität de Berlín. El libro, dice la presentación sin firma, que supongo pertenece al mismo Kasper, sería una «versión muy reelaborada y ampliada de dicha conferencia» (p. 5).

Siete breves capítulos más una introducción componen la estructura de este boceto sobre una de las pocas personalidades que, según afirma Kasper, «después de quinientos años todavía ejercitan una fascinación magnética, tanto sobre amigos como sobre enemigos» (p. 9). Y eso no se lo vamos a cuestionar, aunque quizá no podamos compartir los motivos por los que el A. se siente fascinado.

Exagera el A. al decir que «existen tantas imágenes de Lutero cuantos son los libros sobre él» (p. 9), aunque es verdad que las interpretaciones del reformador son muchas y muy contrapuestas. Está en lo cierto al decir que para los católicos Lutero ha sido por mucho tiempo «simplemente el herético, aquel que carga la culpa de la división de la Iglesia occidental, con todas sus desagradables consecuencias, hasta hoy»; aunque, a decir verdad, la Iglesia católica nunca ha dicho ni que sea el único, ni el primero, ni el último que ha dividido o dividirá la Iglesia, incluso si solo consideramos el mundo occidental. Otros cismas y herejías desgarraron la Iglesia antes y después de Lutero, aunque, indudablemente, ninguna división alcanzó la dimensión de la que él causó. No estoy de acuerdo con Kasper en que «aquellos tiempos han pasado». Han pasado para algunos que se han acercado peligrosamente al pensamiento y a las actitudes de Lutero, especialmente en la patria de Lutero y del A.; pero no es la visión general. Coincido con el A. (aunque no aclara qué piensa él mismo al respecto) en que «para algunos Lutero ya se ha convertido casi en un padre común de la Iglesia». Pero eso no dice nada; hay muchos católicos, incluidos teólogos y pastores, que hoy están más cerca de Lutero que de

RECENSIONES

cualquiera de los santos que le pusieron rostro. Pero esto no habla a favor de Lutero; más bien habla mal de quienes se sienten prohijados por él.

Kasper sostiene que hoy en día no es fácil entender a Lutero, en cuanto los temas que este consideraba centrales, ya no pesan tanto. El mundo de Lutero no es el nuestro, y sus problemas no son los nuestros. Vale esto para cualquier personaje histórico. Pero quizá sea demasiado insistir en este aspecto para sostener que la imagen que tenemos de Lutero no responde al verdadero Lutero.

No siempre es fácil entender qué piensa Kasper de Lutero. Las citas de algunos autores mencionados en su opúsculo parecen a veces plenamente compartidas por él, pero otras darían la impresión de que simplemente dice que otros dicen... En fin; creo que todos los que han leído el librito, por lo que he podido cotejar, entienden que Kasper sustancialmente reivindica a Lutero. Ciertamente lo hace Joseph Lortz, cuya posición comparte nuestro A., para quien «los estudios católicos actuales sobre Lutero... han madurado la idea de que [...] Lutero, confrontándose con el ocamismo y remitiéndose a Agustín, superó en sí mismo un catolicismo que no era realmente católico, llegando a descubrir algo originalmente católico» (p. 25).

Convenamos entonces en que a sus adversarios esa originalidad católica se les escapó olímpicamente; y eso que estos fueron, en el campo intelectual, muchos de los teólogos de Trento (y no solo ellos), y en el de las costumbres y vida religiosa, los santos que hicieron la verdadera y única Reforma Católica (que no deberíamos llamar «Contra Reforma» sino «Reforma» a secas; porque Lutero no tiene derecho a que se llame «Reforma» a su movimiento, sino «Protesta» y «Enfrentamiento»); me refiero a Ignacio, Teresa, los Juanes (de la Cruz, de Ávila), Pío V, Carlos Borromeo... y los muchos que marcan el siglo de oro del espíritu plenamente católico.

Para Kasper, Lutero «era un hombre deseoso de renovación, no un Reformador. Él no pensaba convertirse en el fundador de una separada Iglesia de la Reforma. Su objetivo era la renovación de la Iglesia católica, es decir, de toda la cristiandad» (p. 27). Y más adelante: «Lutero se colocaba en la larga tradición de los renovadores católicos que lo habían precedido. Se piense sobre todo en Francisco de Asís, quien con sus hermanos quiso vivir simplemente el evangelio y así predicarlo. Hoy se hablaría de nueva evangelización. De esta exigencia originaria, evangélica y católica, de Lutero debemos

DIÁLOGO 69

tomar hoy conciencia ecuménicamente juntos» (p. 27). Pues hacían falta cinco siglos y un teólogo como Kasper para darnos cuenta de que ninguno de los pensadores católicos del pasado advirtió los parecidos entre el protestante alemán y el Poverello de Asís.

A partir de aquí, Kasper insiste en la existencia de esa instancia original de Lutero, plenamente católica, y que lo que ocurrió luego no sería culpa suya. De los sucesos posteriores a este intento plenamente católico de renovación de la Iglesia, él no sería actor sino espectador. Más aún, citando a Pannenberg, sostiene que «el nacimiento de una específica Iglesia luterana no significa el éxito, sino el fracaso de la Reforma protestante» (p. 31). Pero esto parece lo más antiecuménico que se puede afirmar de Lutero, porque equivale a decirles a los luteranos, y a los protestantes que se derivaron de su movimiento, que ellos no son lo que Lutero pretendió. Son una especie de aborto, o de engendro *praeter intentionem*. Como muy bien ha advertido el teólogo y vicepresidente de la Alianza Evangélica Italiana, Leonardo de Chirico, «El libro de Kasper es una tentativa de salvar a

Lutero de sí mismo y facilitar su retorno simbólico a la Iglesia Católica Romana, dejando caer sus enseñanzas de la gracia sola, la sola Escritura y solo Cristo»¹.

Pero si Lutero no tuvo la intención de fundar una Iglesia, ni de dividir la cristiandad, entonces, ¿de quién es la culpa? ¡De la jerarquía católica, al menos en gran parte! «Roma tiene una buena dosis de culpa en el hecho de que, en lugar de la renovación de la Iglesia, se haya llegado a una Reforma que ha dividido las Iglesias» (p. 32). Así lo habría reconocido Adriano VI por la voz de sus legados en la dieta de Nüremberg, en 1523. Para Kasper, Lutero solo intentó que la jerarquía católica, comenzando por el Papa de turno, que era en ese entonces León X, tomara en sus manos la reforma evangélica. Al no ser escuchado se vio obligado, por su concepción particular «del sacerdocio común» (p. 37) a poner la reforma en manos de los laicos; pero no lo hizo precisamente apoyándose en los fieles comunes sino en los nobles y los príncipes, lo que tuvo lugar en la dieta de Spira, en 1526; lo cual mostraría, para Kasper, la mentalidad medieval que todavía dominaba al reformador. Para otros esto

¹ DE CHIRICO, Leonardo, *¿Es el Lutero ecuménico el verdadero Lutero?*, en: [\[cin/40023/Es_el_Lutero_Ecumenico_el_Verdadero_Lutero\]\(http://protestantedigital.com/maga-cin/40023/Es_el_Lutero_Ecumenico_el_Verdadero_Lutero\). Último acceso al link: 25/08/2016.](http://protestantedigital.com/maga-</p></div><div data-bbox=)

RECENSIONES

no fue sino una medida política, porque estos príncipes y nobles tenían intereses políticos y económicos muy fuertes para apoyar y consolidar una separación definitiva de la Iglesia católica, como ocurrió de hecho. La culpa, sin embargo, es de los obispos: «Para Lutero la reforma de los príncipes era una salida y una ordenación de emergencia a causa del rechazo de los obispos» (p. 37). «A los señores territoriales, no a los cristianos particulares, les fue reconocida [en la paz de Augusta, 1555] la libertad de elegir la religión católica o la religión luterana» (p. 37); o sea, puso la Iglesia y la fe en manos de lobos ambiciosos. ¿Y éste sería el reformador que venía del riñón de los grandes reformadores católicos? ¿Cómo hace Kasper para ver a Lutero parecido a San Francisco, a Santo Domingo o a Santa Catalina de Siena? ¿Era su abuelo bizco y su padre tuerto?

Kasper insiste en que Lutero era, en 1517, «todavía hijo de la Iglesia», «católico deseoso de reforma»; y fue la resistencia del Papa y de los obispos, lo que hizo evolucionar su pensamiento hacia concepciones del sacerdocio común, que «iban mucho más allá de las interpretaciones de los Padres de la Iglesia y de la alta Escolástica» (p. 33), o sea, un sacerdocio común sin sacerdocio ministerial, con todo lo que eso implica

para la doctrina sacramental y ecle-siológica. Pero Kasper dice que estas concepciones evolucionadas aparecen ya «en su escrito programático de reforma de 1520» (p. 33), lo que significa que en tres años, más o menos, Lutero pasó de una teología católica a una teología sin sacerdocio ministerial, sin sacrificio eucarístico, sin gracia intrínseca, sin obispos, sin Papa... ¿Puede alguien desbarrancar tan bruscamente del andamiaje fundamental de la fe y de la teología en la que nació, creció, se formó y que él mismo enseñó durante décadas, en cuestión de meses, y por la sola causa de que sus superiores no hacen caso a sus imperativos de renovación evangélica, o incluso en caso de que estos fueran moralmente corruptos? Repito: ¿puede alguien pasar de la plena ortodoxia a una abierta heterodoxia doctrinal, sin haber estado infectado de gérmenes heterodoxos desde mucho tiempo atrás? En principio no puede. Lo que sí es posible es que un teólogo como Kasper, que enseña las cosas que enseña Kasper (de las que hemos tenido varias muestras en los últimos años acerca de la doctrina sacramental, especialmente matrimonial penitencial y eucarística) vea las enseñanzas de Lutero, anteriores a 1520, como plenamente católicas. Eran, sí, tan católicas como las que Kasper enseña hoy. Esto sin decir que Kasper también sostiene cosas

DIÁLOGO 69

que Lutero empezó a decir públicamente después de 1520. Por ejemplo, en los temas arriba mencionados sobre matrimonio-penitencia-eucaristía... además de cuestiones eclesiológicas y cristológicas.

Kasper propugna, en orden a avanzar en el camino ecuménico, que se «tomen en serio los aspectos místicos de Lutero» (p. 67). Me parece muy bien que se haga el intento. Creo, sin embargo, que si nos ponemos a buscar un místico en algunos de sus escritos, podemos encontrarnos un tanto trabados. Sobre todo si uno tiene que medir la caridad y la fe con la que escribe, por ejemplo: «He quemado los libros y la bula del papa, y al principio lo hice con miedo y rezando, pero estoy más contento por haberlo realizado que por cuanto he hecho durante mi vida. Son más pestilentes de lo que me creía» (Carta fechada el día de san Félix, 1521). «Roguemos para que con el soplo de su boca destruya sin tardar el Señor Jesús a este hijo de la perdición [el papa]» (Carta fechada el día de santa Apolonia, 1521). O esta joya: «El señor “in nomine Domini” [el papa Clemente VII] es una ballena de nacimiento, que ya es bastante; pero es que, además, es un florentino, lo que es ya peor; en tercer lugar, es un hijo de puta, lo que equivale a decir que es

el diablo en persona» (19 de junio 1530).

O estas, que ponen en evidencia su humildad, su sobriedad y su idea de la santidad: «No admito que mi doctrina pueda juzgarla nadie, ni aun los ángeles. Quien no escuche mi doctrina no puede salvarse» (*Weim.*, X, P. n, 107, 8-11). «No soy más que un hombre sujeto a dejarme arrastrar por la sociedad, la embriaguez, los movimientos de la carne...» (*Enders*, I, 431). Y en un sermón sobre el estado de matrimonio: «no existe en mí lo requerido para vivir en la continencia» (Sermón del 16 de enero de 1519). «Así como no está en mi poder renunciar a ser hombre, así no depende de mí vivir sin mujer» (*Weim.*, X, P. 11, 276, 14-15, Sermón sobre el matrimonio, 1522). «Busca de inmediato la sociedad de tus semejantes, ponte a beber, a jugar, di tonterías, diviértete. Es menester... algunas veces cometer un pecado por odio y desprecio al diablo, a fin de evitarle la ocasión de crearnos escrúpulos por nonadas; si tenemos miedo de pecar estamos perdidos. .. ¡Oh, si yo pudiera encontrar algún buen pecado con que burlar al diablo!» (*Enders*, VIII, 160-161, año 1530). «Afirmo que tanto en el hombre como en los demonios, las fuerzas espirituales han sido no sólo corrompidas por el pecado sino destruidas por completo, de modo que no queda en ellos sino

RECENSIONES

una razón depravada y una voluntad enemiga y adversaria de Dios, siendo el único objeto de ambas la lucha contra Él» (*Comm, in ep. ad Galat., Weim., XL, P. 1, 293, 24-27*)².

No se trata, ciertamente, de juzgar el valor de estas citas y de muchas otras muy propias de la naturaleza fogosa de Lutero. Quizá no sean más que exabruptos y por sí solas no prueben nada, o prueben muy poco. Solo las menciono -y no he elegido las más fuertes ni escandalosas- para mostrar que a fuerza de mirar a Lutero como un católico poco comprendido, un alma gemela de Francisco de Asís, un místico, un buen intencionado que quiso hacer el bien y terminó encabezando algo distinto de sus intenciones, un incomprendido que solo genios como Kasper han logrado entender (si siquiera entre los luteranos)... quizá nos alejamos infinitamente de la verdad.

Me parece magnífico el colofón que el pastor bautista Leonardo De Chirico, ya citado más arriba, hace del libro que recensamos: «Puede que el libro hable más de Kasper y de las actuales reinterpretaciones de la historia católico-romanas que de Lutero y su permanente

llamado a recuperar el Evangelio de Jesucristo». Genial: autobiografía de Kasper con pseudónimo de Lutero. Lo dice el discípulo de Lutero, no yo.

P. Miguel Ángel Fuentes, IVE

MARÍA DEL SACRO MONTE, SSVM

He dejado mi corazón en lo alto

Ediciones del Verbo Encarnado,

San Rafael 2016, 133 pp.

El Autor de esta obra es la hermana María del Sacro Monte, religiosa del Instituto de las Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará, actualmente misionera en Pensilvania, Estados Unidos.

Gran aficionada de la montaña, de modo previo a su consagración en la vida religiosa, realizó estudios en el profesorado de Educación Física e instrucción en Guía de Alta Montaña y Trekking, en el Instituto de Educación Física Eduardo Coll en Mendoza.

El título de la obra ya nos anticipa cual es el fin perseguido por la A., como ella misma escribe en la introducción: «... es así como creo que debemos vivir cada día. Nuestra

² Estas y muchas otras citas, además de un excelente estudio de la personalidad

de Lutero se encuentran en el clásico estudio de J. Maritain, *Tres reformadores*.

DIÁLOGO 69

alma debe estar siempre con la mirada puesta en lo ALTO, en unión con Dios, y así nuestra vida cobra sentido. Siempre aspirar a grandes ideales, practicando las virtudes, y siempre buscando en todo la voluntad de Dios».

En este sentido, la A. escribe estas reflexiones con el deseo de que no se pierda de vista que toda nuestra vida debe figurarse como un largo ascenso a una montaña (la montaña interior), y que solo alcanzaremos la cumbre verdadera y final en el cielo.

Su inspiración para escribir el libro, como ella misma reconoce, nace a partir de la lectura de la «Subida al Monte Carmelo» de San Juan de la Cruz, y de otros escritos acerca de la vida u obra de San Juan Pablo II y del Beato Pier Giorgio Frassati, conocidos amantes de Dios y de la montaña.

La obra está dedicada a los jóvenes que aman la montaña y buscan alcanzar la cumbre más alta. Sin embargo, la dedicatoria no limita el número de destinatarios. Por esto, creemos sinceramente que la presente obra es de provecho para todos los jóvenes, incluso aquellos que nunca han tenido contacto con esta realidad de la montaña, y esto por dos motivos: porque contiene la enseñanza, en los ejemplos y en las palabras, de grandes santos, la cual

conforma una pedagogía especialmente dirigida a los jóvenes, que por sí tiene un valor universal (aplicable y beneficiosa para todo joven). Pero además, porque consideramos que puede servir de motor para mover a muchos jóvenes a sembrar en ellos el amor a las realidades «Altas»; el conocimiento y el amor por la naturaleza creada y, sobre todo, el conocimiento y el amor por el Autor de ella. Este es el camino: de lo creado al Creador.

La A. comienza su libro presentando un interesante artículo escrito por el P. Diego Cano, I.V.E., acerca de las cosas que nos enseña la montaña. En éste, se exhiben reflexiones sencillas pero a la vez muy profundas sobre ésta, tales como: «La montaña, vocera del Absoluto» (en el cual, el autor se sirve de un trabajo elaborado por la profesora Liliana Pincirolí de Caratti), en la cual se presenta, entre otros detalles, a la montaña como la morada divina a cuya cumbre tienen acceso también los hombres virtuosos. Además, este primer capítulo nos brinda una luminosa comparación entre el ascenso a la montaña material y el camino de la vida espiritual, porque «toda ascensión a la cumbre se asemeja a la ascensión a la santidad» (p. 22), ya que ambas implican, de algún modo, esfuerzos, sacrificios, decisión y gran alegría, sobre todo al llegar a la cumbre... Finalmente, el

RECENSIONES

P. Cano nos da motivos para escalar o más bien nos da la respuesta a la pregunta: ¿para qué escalar? «... la ascensión en concreto a la montaña material ensancha el corazón y lo aleja de las mezquindades, y... la imponentia de las cumbres anonada al hombre y le posibilita encontrar su nuevo ser» (p. 27). Éste es solo un ejemplo. Lo demás, lo dejamos en suspenso para el descubrimiento del lector.

En el segundo capítulo, la A. presenta un esbozo adecuado para conocer los principales aspectos de la vida y de la persona del gran Beato Pier Giorgio Frassati, reconocido amante de los deportes, de un modo especial de la montaña.

Se reúnen aquí diversos fragmentos de sus biografías y cartas escritas, que nos pintan su personalidad, sobre todo poniendo énfasis en algunas de sus cualidades resaltantes, tales como una alegría desbordante; un carácter valeroso, firme y sencillo; y un exquisito amor a los pobres.

¿Por qué Pier Giorgio? Nos responde la misma A.: «Pier Giorgio Frassati fue un gran amante de la montaña, no solo de la montaña exterior sino de la montaña interior. Lo he puesto como ejemplo para todo amante de las alturas ya que hay muchas de sus virtudes que se pueden aplicar a nuestra propia vida» (p. 31).

Más adelante, el libro nos proporciona importantes reflexiones relativas al sentido y fin último de nuestra vida, el cual solo debe buscarse en Cristo (la A. sigue, en gran parte, el libro del P. Buela «Jóvenes hacía el tercer milenio»); y al sentido de la cruz en la cumbre de los montes, ya que desde allí está «dirigiendo la historia, aún silenciosa y oculta» (p. 57).

No falta en nuestra obra, un gran bagaje de anécdotas vividas por la A., en su historia de montañismo.

Finalmente, se nos brindan dos apéndices: el primero incluye un Código del Montañés elaborado por la Asamblea General de la Unión Internacional de Alpinismo en Munich (en el año 1964), en el que se presentan diez premisas que debe tener presente todo alpinista; también incluye la presentación de un imperdible y fascinante discurso de San Juan Pablo II, «Un Papa que amaba la montaña», a los jóvenes de Chile en el año 1987; y por último, un modo práctico para confesarse y rezar el Santo Rosario, lo cual nunca está de más. El segundo apéndice está conformado por una serie de imágenes de las salidas realizadas a la montaña.

Por todo esto, recomendamos la lectura de este libro sencillo y profundo, a fin de que todo hombre pueda descubrir y elevarse a partir

de la belleza de la Naturaleza hacía la belleza de su Creador.

Sem. Francisco Rossi, IVE

ANDREA TORNIELLI
***El nombre de Dios es Misericordia,
 Francisco, Una conversación con
 Andrea Tornielli***

Planeta, Santiago de Chile 2016,
 141 pp.

Quien escribe este librito es Andrea Tornielli: vaticanista, periodista del diario *La Stampa* y responsable de la web Vatican Insider. Pero se motiva a este trabajo porque dice haber recibido con mucho fruto las palabras del Papa cada vez que él habla de la Misericordia.

El libro es pequeño y de rápida lectura, de modo que se acomoda al común de la gente. Además el periodista pregunta de un modo muy particular: metido en la cabeza y el corazón de los hombres de nuestro tiempo (pg. 73: homosexualidad y misericordia; pg. 69: misericordia y reconocimiento del pecado en cuanto tal), como uno más, y pregunta temas polémicos (en pg. 74 cuestiona la relación entre el dogma y la misericordia); quiere entender expresiones típicas del Papa (argentinitismos) que necesitan una explicación más universalista (pg. 46 y 47); como un católico inquieto quiere saber cómo enseñar a los hombres

este misterio de la misericordia en este tiempo; y como un hijo quiere conocer la vida y el corazón del Santo Padre.

Tiene ideas hermosas que motivan y alimentan la meditación sobre la misericordia de Dios en las distintas parábolas del Evangelio. Por esta razón, aunque no sea un tratado sobre la misericordia (exegético o doctrinal o espiritual), sí puede ser usado por los fieles y los religiosos para la meditación personal.

Al ser un coloquio, una entrevista, el lenguaje y el estilo son sencillos y un tanto desordenados: como salen los temas. Podría, tal vez, ser más explícito en algunas afirmaciones y más completo en sus explicaciones; pero creo que eso obedece -entre otras cosas- al carácter de entrevista que tiene todo el texto.

Sorprende la gran cantidad de citas -siempre de modo informal- de autores clásicos que el Santo Padre ha leído y asimilado ejemplarmente; de hecho se destacan las referencias constantes a los Santos Padres y a los grandes maestros de espiritualidad como Santa Teresa, San Ignacio de Loyola, entre otros. Además va volviendo y recomenzando de los Evangelios constantemente. He aquí el gran mérito y valor de este libro: la doctrina sobre la misericordia, la Confesión sacramental, el

RECENSIONES

matrimonio, la pastoral, el relativismo moderno, van emergiendo en el diálogo con mucha claridad y fuerza. Posee un diagnóstico claro y sencillo de los males de nuestro tiempo; al mismo tiempo que proporciona esperanza y motiva a la acción.

De las páginas más ricas son las que hablan de la necesidad de confesarse (41 ss.) y del valor que la misericordia de Dios da a nuestros pecados cuando nos arrepentimos: *joyas* (65 y 66). Transcribo un texto donde responde a la pregunta de por qué confesarse con un sacerdote si puedo hacerlo sólo con Dios. Primero explica que es voluntad de Cristo el usar del sacerdote y luego demuestra genialmente por qué Cristo lo quiso así:

«... pues somos seres sociales. Si tú no eres capaz de hablar de tus errores con tu hermano, ten por seguro que no serás capaz de hablar tampoco con Dios y que acabarás confesándote con el espejo, frente a ti mismo. Somos seres sociales y el perdón tiene también un aspecto social, pues también la humanidad, mis hermanos y hermanas, la sociedad, son heridos por mi pecado. Confesarse con un sacerdote es un modo de poner mi vida en las manos y en el corazón de otro, que en ese momento actúa en nombre y por cuenta de Jesús [había dicho antes *in*

persona Christi]... es importante que vaya al confesonario, que me ponga a mí mismo frente a un sacerdote que representa a Jesús, que me arrodille frente a la Madre Iglesia llamada a distribuir la misericordia de Dios. Hay una objetividad en este gesto, en arrodillarme frente al sacerdote, que en ese momento es el trámite de la gracia que me llega y me cura...».

Creo que el libro, que además al final contiene la bula *Misericordiae Vultus*, puede ser muy útil para la vida espiritual a todo tipo de cristianos. Es para muchos un libro que no puede reusarse a leer; de modo que uno lo puede aconsejar a los que sufren todo tipo de esclavitudes y ellos no tienen motivo para no leerlo.

P. Lic. Gonzalo Gelonch Villarino, IVE

JOSEPH RATZINGER
El Espíritu de la Liturgia.
Una Introducción

Ediciones Logos, 2015, 245 pp.

Con enorme fruición hemos leído este pequeño-gran libro, escrito por el entonces Cardenal Joseph Ratzinger, siendo prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y que ha sido reeditado el año pasado, en Argentina, por Ediciones Logos.

Realmente nos resultó un descubrimiento; una pequeña pero valiosísima joya para quienes, simples laicos desconocedores de profundas teologías, la liturgia nos atrae más por una cuestión de gusto estético que por un conocimiento de su verdadero simbolismo y de su sentido trascendental -que sí sospechamos, pero con una percepción que las más de las veces no logramos penetrar adecuadamente-.

Con su lectura, aun cuando los misterios de Dios y del culto a Él debido por el hombre resulten en su totalidad insondables, el A., con mano magistral, nos adentra en ellos, y nos facilita una mayor comprensión para intuir de un modo más pleno el verdadero sentido de las formas, no sólo de la oración litúrgica sino también del espacio y del tiempo a ella consagrados; y de los objetos, del arte y de la música que, por derecho propio, le pertenecen.

En su breve prólogo, el actual Papa emérito, señala claramente que la obra que aquí comentamos, ha sido inspirada en la lectura, realizada en los comienzos de sus estudios de teología (1946), del libro «Sobre el Espíritu de la liturgia» de Romano Guardini. La coincidencia en el título no es al acaso, puesto que, así como aquella obra -la de Guardini-

publicada en 1918, puede ser considerada como el punto de arranque del movimiento litúrgico en Alemania y contribuyó *«de forma fundamental a que la liturgia, en su belleza, en su riqueza escondida, en su grandeza intemporal, fuera descubierta de nuevo como centro que anima la Iglesia y como centro de la vida cristiana»*, el anhelo del A., al escribir este trabajo, se habría cumplido con creces, si a partir de su lectura y difusión también se *«pudiera impulsar de nuevo algo así como un “movimiento litúrgico”, un movimiento hacia la liturgia que condujera a su correcta celebración, tanto externa como interna»*. Y sin duda alguna esta aspiración ha sido impulsada, según se entrevé claramente a través del contenido de la presente obra, por el desquicio de las formas litúrgicas advenido como consecuencia de una distorsionada aplicación de la reforma impulsada en el Concilio Vaticano II. Baste con señalar solo algunos de tantos párrafos de la obra referentes a tal situación: *«...la “creatividad” no puede ser una categoría auténticamente litúrgica... En la liturgia no hay lugar para este tipo de creatividad. La liturgia no vive de las ocurrencias de un individuo o de algún tipo de grupo organizador»* (p.143); *«Desgraciadamente, la expresión (“participatio actuosa”) se ha desvirtuado muy pronto, interpretándola solo en un sentido externo, es decir, concluyendo que era necesaria una actuación general, como si todo consistiera en*

RECENSIONES

poner en marcha al mayor número posible de gente y con la mayor frecuencia» (p.145); «Este proceso inicial de uniformización -en referencia a las reformas impulsadas en el Concilio Vaticano II- se ha transformado entre tanto en su contrario, es decir, en la creciente y amplia disolución del rito, que pretende ser sustituido por la “creatividad” de las comunidades» (p.139).

Desde el comienzo mismo del libro el A. va despertando en el lector un gran interés y entusiasmo por la liturgia, enseñando sus orígenes, su relación cósmica, su vinculación histórica con la antigüedad y especialmente con el pueblo veterotestamentario. Vinculación sí, y, a la vez ruptura con el culto del Templo de Jerusalén, el cual, al decir del autor «*estuvo siempre acompañado por una viva conciencia de su propia insuficiencia. “Si tuviera hambre, no te lo diría; pues el orbe y cuanto lo llena es mío. ¿Comeré yo carne de toros, beberé sangre de cabritos? Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza, cumple tus votos al Altísimo” (Sal 50 [49], 12-14)*» (P.36). De allí que afirme que «*El culto cristiano... considera la destrucción del templo de Jerusalén como definitiva y teológicamente necesaria*», y agregue, en hermosísimo párrafo, que «*en su lugar ha aparecido el templo universal de Cristo resucitado, cuyos brazos abiertos en la cruz están extendidos hacia el mundo, para introducir a todos en el abrazo del amor eterno. Ya hay un nuevo templo y también un nuevo y*

definitivo sacrificio: la humanidad de Cristo que se ha abierto en la cruz y en la resurrección; la oración del hombre Jesús está ahora fundida con el diálogo intratrinitario del amor eterno.».

Con su proverbial sapiencia y erudición, nos va enseñando el A. lo concerniente al «*tiempo sagrado*» y su relación cósmica; al «*espacio en la liturgia*», con el consiguiente significado verdadero del templo cristiano, en el cual se ha incorporado el altar para el sacrificio eucarístico; a su «*orientación*» y, por lo tanto, a la de la oración litúrgica, tema este último que extensa y pormenorizadamente desarrolla; a la «*presencia eucarística*» en la iglesia sin la cual -dice- «*está en cierto modo muerta, aunque invite a la oración*» (p.77), de allí que «*para que la presencia del Señor nos afecte en concreto, el sagrario debe encontrar un sitio adecuado en la arquitectura de la iglesia*» (p.78).

Desarrolla también considerablemente lo referente al *Arte* y su vinculación con la liturgia; la necesidad de la existencia de las imágenes, sus orígenes, su valoración simbólica y su necesaria dirección hacia el misterio que se hace presente en la liturgia (p.106).

No ha dejado tampoco de abordar, de modo admirable y magistral, la importancia en la liturgia de la «*mú-*

DIÁLOGO 69

sica sacra» dejándonos unas clarísimas enseñanzas al respecto y su obligada referencia al Logos.

Al abordar el tema de «*La figura litúrgica*» efectúa también una didáctica explicación acerca de los diversos ritos que han enriquecido a la Iglesia, a los orígenes de cada uno de ellos, a sus diferencias accidentales y a su subsistencia a través del tiempo; y refiere también lo concerniente a la verdadera participación de los fieles en la liturgia, cuya acción -señala- consiste en pedir que el sacrificio del Logos «*se convierta en nuestro sacrificio*»; y a las diversas posturas y gestos que deben adoptarse según cada momento de la celebración. No ha omitido tampoco, finalmente, referirse, dentro de este mismo punto, a la «*voz humana*» en la liturgia, como eco de la Palabra Eterna; a las «*vestiduras*» del celebrante y a las «*materias*» sacramentales y a su correspondiente sentido simbólico, tan desconocido para el hombre moderno.

En fin, una obra que ciertamente merecería un mayor estudio y profundización de sus contenidos y una mayor difusión entre los fieles laicos y en los ámbitos de formación teológica, incluso en los que se preparan los futuros sacerdotes del culto divino. Sería ello de gran aporte no sólo para la adecuada celebración de la liturgia católica, sino también para

una renovación del arte, de la música y de la arquitectura cristianas, que tanta falta hace frente a la decadencia espiritual en la cual nos hallamos sumidos, para poder volver realmente al esplendor de lo sagrado.

Cuenta el libro además, con una extensa biografía, discriminada además respecto de los diversos temas allí abordados; y con un interesantísimo y enjundioso anexo sobre los sacramentos en la Iglesia Católica.

Dios quiera que la lectura de esta obra, cuya primera edición data de hace muchos años, pueda seguir siendo conocida como es debido.

Diego A. Ibarra